

Ignacio Vidal-Folch: La elegancia del escepticismo

VIDAL-FOLCH, IGNACIO: *Lo que cuenta es la ilusión*, Destino, Barcelona 2012, 324 pp., ISBN: 978-84-233-2897-0

Jorge Sanz Barajas

Profesor de Literatura Española. Colegio «El Salvador» (Zaragoza)
E-mail: jsanz@jmes.es

Recibido: 8 abril 2013
Aceptado: 25 abril 2013

RESUMEN: Los dietarios están de moda. Un dietario no es un diario. Nada mejor que un dietario para conocer, a través del caos personal que todos vivimos, la personalidad y la sensibilidad de sus autores. Vidal-Folch nos regala en *Lo que cuenta es la ilusión* su particular manera de enfrentarse a la vida, disfrutar de ella o, simplemente, aceptarla con humor.

PALABRAS CLAVE: Vidal-Folch, dietario, diario, experiencia vital, literatura de nuestros días.

Ignacio Vidal-Folch: The elegance of scepticism

ABSTRACT: The appointment books have become a fashionable idea. An appointment book is not a diary. There is nothing better than an appointment book to know, besides the chaos we live in, the personality and the sensibility of the authors. In his book *Lo que cuenta es la ilusión* Vidal Folch gives us his own way to deal with life, to enjoy life or, simply, to accept life with humor.

KEYWORDS: Vidal-Folch, appointment book, diary, experience background, today's literature.

Ignacio Vidal-Folch nos permite asomarnos por la gatera de su vivienda intelectual en este nuevo libro, un dietario, *Lo que cuenta es la ilusión*. El dietario es un género expuesto, donde la vida se ofrece sin metáforas, en carne viva. No conviene confundir dietario con diario, pues mientras éste recoge un sendero vital en un cierto orden cronológico, el dietario admite órdenes

distintos –temáticos, emocionales, personales...-. El dietario es un compendio de fragmentos aparentemente aleatorios, si bien respiran siempre un orden vital: reflejan la idiosincrasia de su constructor, sus miedos, deseos, manías, obsesiones, opiniones, encanallamientos, filias y fobias. Si al poeta se le reconoce en sus elegías, al pensador se le comprende desde sus dietarios.

Los fragmentos de un dietario tienen un único hilo conductor: el de la personalidad que los sostiene. Cada fragmento es como una cometa que se eleva rápida, se sostiene unos minutos y acaba por caer dejando una estela de pensamiento en el aire que resulta difícil de olvidar. Por eso uno siempre vuelve a los viejos autores de dietarios: para reconocerse en sus cometas, para columpiarse de nuevo en sus estelas y captar las corrientes ascendentes o descendentes sobre las que asientan sus ideas.

El dietario de Ignacio Vidal-Folch, *Lo que cuenta es la ilusión*, recibe el título a raíz de una anécdota que el autor narra en la entrada 20.005: en ella comprobamos cómo el engaño que una actriz produce en sus fantasiosos seguidores es en todo caso menos condenable si la ilusión es más dulce que la falsedad. La vida en todo caso es, a ojos de Vidal-Folch, eso: ilusión, y lo que cuenta es la capacidad para generar empatía con la narración, pacto con quien escribe, la capacidad para creerse a pies juntillas que cuando se está leyendo, todo lo que se lee está pasando de verdad... Al menos hasta que se cierra el libro. No es posible decir: «esto no puede estar pasando» porque durante la lectura, lo leído es lo único en lo que uno puede depositar su confianza. De hecho,

el autor realiza un curioso bucle de ida y vuelta con el extraño caso de un bastón que el poeta Iñaki Ezkerra entrega a Vidal-Folch al principio del dietario y cuya gran virtud es que, al parecer, perteneció a Borges. Ezquerria aseguraba que el citado bastón fue hurtado por Paavo Heikinen de la casa de Borges y que a él le había sacado más de una vez del atolladero de «la hoja en blanco» que acaece de cuando en cuando al oficio de escritor. Fuera de quien fuera el dichoso bastón, lo cierto es que la inspiración no le vuelve la espalda a Vidal-Folch, quien acaba dejando el bastón sobre el asiento de una vespa en la calle. Quizá abrumado por el peso moral del bastón como Borges escribiera sobre aquel tipo que recibió una misteriosa llamada ofreciéndole la memoria de Shakespeare.

Ignacio Vidal-Folch es uno de esos escritores que, más que escribir, taracea el lenguaje. Reconoce que escribir un dietario es liberador, primero porque te permite ajustar cuentas contigo mismo cuando no recuerdas algo; segundo, porque temple la ira y desgasta la soberbia cuando ésta podría amenazar con arrasar una reflexión afilada. En literatura, hay una línea sutil entre el crimen y el ajuste de cuentas: los buenos escritores hieren sin matar, mientras los malos ma-

tan sin herir. Vidal-Folch usa la pluma como un cirujano el escalpelo: acabas dándole las gracias. La cifra correspondiente al día de vida de Vidal-Folch encabeza cada apunte; el autor reconoce haberlos retocado y ordenado a fin de generar un cuerpo coherente. El recuento se inicia en 2007, año en que la crisis comienza a destilar los primeros miasmas: gente rebuscando en los cubos de la basura, inmigrantes que regresan de vacío a sus países de origen, desahucios... Vidal-Folch afila su bisturí especialmente para desnudar de refajos al nacionalismo, donde a su juicio se subsume el individuo condenado a ser masa informe y a compartir una identidad en la que no cree.

Por ejemplo: la entrada 19.376:

«—El político Carod nunca me defraudó. Hoy nos enteramos de que colecciona carteles de “Do not disturb” y chapas de botellas, entre muchas otras cosas del mismo tenor. Le preguntan por qué hace tantas colecciones, y responde:

—Será, quizá, porque me gusta la diversidad.

A mí se me ocurre otra explicación».

Vidal-Folch tiene esa vena volterriana que busca rodearse de discordancia y sentido del humor. Hace suyo un aforismo de Paul Valéry: «Hay un imbécil en mí de

quien debo aprovechar todos sus errores». Un servidor está convencido de que la inteligencia nace en ese determinado momento en que uno es capaz de reírse de uno mismo, de no tomarse demasiado en serio, de escucharse poco y de leerse como si uno fuera a menudo un Gregor Samsa pugnando con su caparazón y tratando de darse la vuelta. Imagino a Vidal-Folch como solía hacer Rafael Azcona, sentándose al fondo del bar, en la oscuridad, trazando el perfil de posibles personajes. En estas ocasiones, uno agradece no estar en la línea de fugo donde pone su afilado verbo:

«19.178.—Oído a un sujeto en la barra de un bar:

—Ya sólo falta que entre aquí un enano se suba a un taburete y me dé por el culo.

Hay que ver qué imaginación más retorcida tiene la gente.

Y yo también, porque he vuelto la mirada, expectante, ilusionada, hacia la puerta».

Cierto es que le dan carnaza algunos sujetos como los que cita en el libro: un profesor de la Autónoma que requiere una investigación a fondo porque, a su juicio, el Real Madrid ganó de manera fraudulenta la Copa de Europa de 1956... Otro profesional del periodismo que se rasga las vestiduras porque

el «pan amb tomaquet» que otrora podía catarse en los bares de Barcelona, se ha perdido por completo y ya no quedan de él ni sucedáneos. No le falta razón a Ignacio Vidal-Folch cuando manifiesta su esperanza de que exista vida inteligente en otros planetas.

A mí, personalmente, me interesa muchísimo el Ignacio Vidal-Folch lector; me maravilla esa capacidad para atrapar el poema en boca de otros y doblarlo cuidadosamente a su modo sin que se resienta su sentido:

«19.180.—Declara un policía que estuvo en el infierno de Atocha:

—Los cadáveres despedazados impresionaban, pero lo que no olvidaré nunca son los timbres de sus teléfonos móviles.

Efectivamente: los muertos ya descansan, el espectáculo terrible es el de la esperanza que tú sabes que va a ser defraudada».

Las anécdotas son jugosísimas: aquella de Curzio Malaparte junto a Agustín de Foxá visitando el Frente Ruso, en la que el oficial alemán les ofrece la ametralladora para disparar a dos rusos que se han despistado y están a tiro... Y Foxá rehúsa porque es Viernes Santo y teme la condenación eterna. Aquélla otra del primer Nadal que César González Ruano presumía prometido y garantizado, y

que al entrar *in extremis* la novela *Nada* de la desconocida Carmen Laforet, quedó en agua de borrajas... Inolvidable la escena en la que el consejo esa noche a Ruano en su casa para consolarle mientras éste se lamenta: «¿Pero cuándo en España los premios han sido para las buenas novelas? ¡Los premios son para los amigos!». En sus notas, le acompañamos por el Mar de Aral, Sofía, Barcelona, estamos con vendedores ambulantes, colombianas beodas, prostitutas irredentas, mujeres indias en trance de divorciarse, pintores absurdos, poetas espléndidos, el inefable Agrim, un ambulante vendedor de pañuelos de seda... Visitamos a Vargas Llosa.

El desengaño se cruza de piernas en una mueca de dandy escéptico, pero ese toque estético no resulta ni venal ni estéril, sino que rezuma un orgullo burgués por la cultura, digno de encomio. A Vidal-Folch no se le atraganta reconocer su admiración por el actor Arturo Fernández, al tiempo que llama «botarate» o «cantamañanas» a algún gurú del arte contemporáneo pagado de sí mismo y encantado de haberse conocido, o «sísifos voluntarios» a los socios de un gimnasio que pedalean hasta la extenuación frente a cuatro pantallas de televisión. Hay maravillosas evocaciones a Francisco Casavella, Rafael

Ignacio Vidal-Folch: La elegancia del escepticismo

Riqueni, Joan Gombaum, Vasilka Filipova o Juan Eduardo Cirlot. El recuerdo de su viejo profesor Ignacio Feliu de Travy, y esa estampa del maestro desamparado junto a un SEAT 850, abollado por un inesperado golpe con un poyo cuando llevaba a sus alumnos predilectos a una ruta por el románico, le deja a él también en la cuneta, observando la carrocería abollada de la vida misma con un escepticismo sardónico y melancólico a la vez.

Visto lo visto, lo único que le queda al escéptico que ve pasar el mundo en forma de imágenes, que no son el mundo en realidad,

sino la realidad convertida en espectáculo, es confesar que la única esperanza es que haya vida inteligente en otros planetas. Hay una espléndida reflexión sobre las últimas palabras del diario de Luis XVI el día de la Toma de la Bastilla: «Hoy, nada». Esta frase, que parece haber servido para condenar a la estupidez inmortal al rey francés, a Ignacio Vidal-Folch se le antojan una maravillosa muestra de inteligencia. Quizá si alguno de nuestros gurús de la economía se levantaran mañana y escribieran en su diario «Hoy, nada», se acercarán más a la realidad de lo que nos tienen acostumbrados. ■